

un momento antes, compuso su ademán, se puso á *Loquilla* sobre su falda y empezó á mover con las tenacillas de acero el fuego de la chimenea.

Apenas había terminado sus preparativos de calma y frialdad afectada, cuando se oyó la voz del ujier que gritaba:

—¡El rey!

### III

#### El pabellón del Mogol

El pabellón de los Cisnes, que tenía también el nombre del Mogol, porque Luis XIV había mandado colocar en este sitio las rarezas artísticas traídas de la Persia y del Japón por el célebre viajero Tavernier, se hallaba en el extremo oriental del castillo de Compiègne, no lejos de un estanque de mármol dibujado por Lenotre, y en el cual juguetaban esos brillantes palmídeos que son las gace-las de las aguas. El pabellón de los Cisnes había sido el punto de cita de caza para las damas del siglo XVII; habitáronlo una tras otra la señorita de Lafayette, la casta querida de Luis XIII, y madama de Montespan, la altiva favorita de su hijo, y la marquesa de Pompadour se refugiaba en él du-

rante la permanencia de la corte en Compiègne, para huír de la cansada turba de adadores y de las nubes de incienso y de las flores que la rodeaban en sus aposentos oficiales.

La favorita de Luis XV había dado á tan delicioso retiro todo el encanto de la juventud y el brillo de su primitivo destino; al lado de las porcelanas, barnices y vivas pinturas de la China y del Japón, y de las maravillas de marfil, de ébano, de plumas y de seda de los artífices de Agra y de Is-pahan, la marquesa había inaugurado una preciosa galería que contenía cuadros de las tres escuelas modernas de pintura florentina, holandesa y francesa. Distingúanse entre aquella confusión de páginas inmortales, en aquella multitud caprichosamente agrupadas de obras maestras inapreciables, madonas de Rafael cerca de escenas burlescas de Van-Ostade; fiestas campestres del antiguo Téniers no lejos de suaves composiciones de Lesueur; y los encantadores lienzos de Vander-Meulen, de Mieris, de Rembrand, de Gerard Dow se confundían con los gaudiosos poemas de Rubens, de Felipe de Champagne, del Ticiano, del Españafoleto y del Dominiquino. Finalmente, veíase en medio de todas aquellas concepciones variadas del genio de la pintura, cual en medio de un mar de diamantes se alza uno perla en su azulada concha, los pastores de la Arcadia. *Et ego in Arcadia!* la sublime idea, el sublime cuadro de nuestro gran Poussin.

Madama de Pompadour estaba sentada delante de un caballete, copiando con ademán pensativo una *Diana cazadora* de Lebrun, y de vez en cuan-

do interrumpía una tarea á que se dedicaba habitualmente con afición para prestar oído á los rumores que salían de los aposentos exteriores. Veíase á su lado con la espada ceñida al talle, el sombrero debajo el bazo y condecorado con el cordón de San Miguel, que acababa de concederle Luis XV, el pintor célebre que la favorita había elegido por maestro, Carlos Andrés Vanloo. El artista vestía una magnífica casaca de terciopelo negro y un chaleco de paño bordado en oro, y la parte inferior de su vestido correspondía al opulento, elegante y gracioso traje de corte, de que pueden mofarse á su sabor nuestros petimetres modernos, pero que revelaba la urbanidad de nuestras costumbres y la superioridad de la sociedad francesa.

Dos pasos más allá del caballete y cerca de un balcón que daba á uno de los caminos del bosque, estaba la señorita Mauricia, apoyada en una consola y acechando al parecer con ansiedad la llegada de alguna persona importante.

—¿No ves á nadie, Mauricia? preguntó la marquesa dejando con impaciencia su varilla, su paleta y sus pinceles.

—A nadie, señora; pero aun es temprano, sólo son las nueve.

—¡Las nueve! ¿V si Lebel ha cercado la casa durante la noche y se opone á la salida de Cecilia?

—No os forjéis, señora, quiméricos temores. Por otra parte, ¿no enviásteis á Laverdure, el más inteligente y esforzado de vuestros servidores? Dejad vuestra inquietud que él sabrá frustrar los planes

de Lebel, y en caso necesario, dar una buena lección á sus satélites.

—Si, pero ¡cuánto escándalo!... y es precisamente lo que quiero evitar, dijo la favorita apoyando su mano blanca y perfecta como la de una Venus antigua sobre la mesita de su caballete.

—¿Queréis, señora, dijo Vanloo, que vaya á esperar á la señorita Cecilia Poussin?

—No, no, querido Vanloo; os necesito aquí. ¿Recordáis las instrucciones que os he dado respecto de esa joven?

—Las recuerdo muy bien, señora, y os las repetiré si lo deseáis. Serviros y honrar la memoria de uno de los más grandes pintores de Francia es una doble misión muy preciosa para un artista para que pueda olvidar una sílaba de lo que debo hacer.

—¿Habéis hecho ya todos los preparativos para ese viaje tan precipitado?

—Todos, señora marquesa; mi silla de posta nos espera en un camino poco frecuentado á trescientos pasos del castillo. La custodian dos criados bien armados y resueltos, y nos espera para partir al momento á todo escape.

—Muy bien, querido Vanloo; gastad lo que se necesite, doblad, triplicad los tiros... pero llegad sobre todo pronto á Italia.

—La señorita Cecilia y Laverdure llegan!—exclamó la señorita Mauricia; no temáis ya, señora, ¡es nuestra la plaza!

Madama de Pompadour exhaló un suspiro de desahogo levantándose con precipitación. Tres minu-

tos después Cecilia y su guía estaban delante de la marquesa.

—Señora, dijo Larerdure con acento de matón de comedia, sabed que Lebel y los suyos custodiaban las avenidas de la casa de esta señorita, pero yo burlé sus ardides, y entrando en la casa sin ser visto, hice salir á la señorita por la tapia del jardín con el auxilio de esta cuerda de que felizmente iba preparado. El primer peligro ha pasado ya, pero Lebel y sus acólitos, cansados de esperar, podrían advertir nuestra fuga y dirigirse hacia aquí, de modo que es preciso tomar las de villadiego cuanto antes, ó de lo contrario nos expondríamos á saludar á M. Lebel y á los suyos á balazos, añadió el criado haciendo chocar las pistolas en sus bolsillos.

Para Cecilia era un enigma cuanto decía el criado, pues la pobre muchacha ignoraba que la hermosura es en muchas circunstancias un peligro, hasta trocarse en causa de deshonra, de vergüenza y de pesar. Por eso preguntó á madama Pompadour cuál era la significación del extraño lenguaje de Laverdure.

—Hija mía, respondió la marquesa, no solamente os auxilio en este trance sino que os salvo la honra y os conservo el aprecio de vos misma y del mundo. Vais á partir al instante á Roma, ciudad que fué la morada predilecta de vuestro tío, quien dejó su habitación del Louvre en París para ir á vivir en su pobre casita de la strada Balbi en Roma. Sabed, querida Cecilia, que M. Vanloo, uno de los discípulos del gran Poussin, os acompañará con la

señorita Mauricia. Vuestra madrina se reunirá con vos á Marsella, y gozaréis ambas en Roma una felicidad que no hubieráis logrado en París ni en Versailles sino á costa de lo que hay de más caro en el mundo para nosotras: el pudor y la fama.

—Ved lo que escribo al embajador de Francia en Roma, añadió la marquesa tomando una carta de encima de la mesa; oid y sabed las intenciones que abrigo respecto de vos hija mía.

«Señor embajador: Os confío uno de los nombres más célebres de Francia y una de las más hermosas y nobles jóvenes de nuestra patria; su sangre vale tanto como la de los Montmorency y los Choiseul, y su belleza corre parejas con la de las La Valliere y las Chateauroux (1), pero no es mi ánimo que sufra los contratiempos de que ellas fueron víctimas. Sed en Roma para ella, señor embajador, un padre, un tutor un guía y un amigo; dadla un esposo, y que la dote de 50,000 escudos que le aseguro, y que M. Vanloo os entregará de mi parte, forme unida á su nombre uno de los mejores partidos de Europa y del mundo. Fuerza es que Roma, que dió sepulcro ilustre al gran Poussin, dé ahora un esposo á la heredera de su nombre. Confío, señor embajador, en que accederéis á mis deseos, y que haréis por la sobrina de Poussin cuanto desea y hasta exige vuestra servidora la marquesa de POMPADOUR.»

(1) Madama de La Valliere, querida de Luis XIV, murió siendo monja carmelita, y la duquesa de Chateauroux, querida de Luis XV, murió en la flor de su edad... víctima de una enfermedad desconocida.

—Señora marquesa! querida protectora! exclamó Cecilia arrojándose á los pies de la favorita.

—Decid más bien vuestra amiga, vuestra madre, añadió la marquesa indicándole su caballete, sus lienzos y el sublime cuadro de la *Arcadia* de Poussin; ¿no véis que también soy de la familia?

—Démonos prisa á partir señora marquesa, ó de nada respondo, dijo Laverdure que durante la conversación estaba de atalaya en la ventana.

—Sí, forzoso es que nos separemos, hija querida. Adiós añadió la marquesa estrechándola con ternura entre sus brazos, tal vez no os veré ya más... pero mi memoria quedará en vuestro corazón, y esta confianza bastará para mi ventura.

—Y para la mía, señora, pues no puedo consagrarnos toda mi vida.

Cecilia Poussin bajó llorando de gratitud, y quízás también de pesar por salir de Francia, la escalera de mármol del pabellón de los Cisnes, seguida de Vanloo, de la señorita Mauricia y de Laverdure. Al subir con Vanloo á la silla de posta que iba á llevarla á la ciudad eterna, Cecilia vió de léjos á madama Pompadour que le daba el último adiós agitando su pañuelo.

—¡Dios mío, qué buena y que hermosa es! exclamó la joven enviando un beso á la que la arrancaba de la miseria y la deshonra.

—¡Y qué desconocida está! exclamó el pintor suspirando.

Seis meses después de haberse separado de madama de Pompadour, la señorita Cecilia Poussin se casó en Roma con el duque de Morinelli, aliado

de los Colonnas y cabeza de una de las más nobles familias de Pisa.

Voltaire supo en su castillo de Ferney la conducta observada por la favorita con la huérfana de los Andelys, y dijo:

—Aplaudo la noble acción de la marquesa de Pompadour; ha hecho por la sobrina del gran Poussin lo que hice por la del gran Corneille.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO





